

La Madre de Dios en la Liturgia Bizantina

Mons. Elías Andraos



Corría el año 431. En la ciudad de Éfeso, los Padres del tercer Concilio Ecuménico discutían la nueva doctrina de Nestorio, patriarca de Constantinopla. Pretendía el hereje que Cristo tenía dos personas distintas, divina y humana, y por tanto, que la Virgen María era “*Christotokos*” = Madre de Cristo y no “*Theotokos*”, Madre de Dios. La nueva herejía hería al pueblo cristiano en una de las creencias más caras a su corazón. Al tener noticia de la condenación del heresiarca y de la confirmación del título con que se acostumbraba a llamar a la Virgen María, o sea “*Theotokos*”, Madre de Dios, el entusiasmo de los fieles fue indescriptible. Una grandiosa manifestación se organizó para proclamar el dogma tan arraigado en el alma popular. Miles de voces cantaban el nombre bendito: *Hyperaguía Theotóke, sóson imas!* ¡Santísima Madre de Dios, sálvanos!

Desde aquella fecha memorable el título de “*Theotokos*” ha sido inseparable del nombre de María en el Oriente cristiano, particularmente en el Oriente bizantino. Para nosotros, María es y será siempre, ante todo la Madre de Dios, la “*Theotokos*”. Tanto en las distintas fiestas que se celebran en su honor, como en el Santo Sacrificio y el Oficio Divino, la Iglesia bizantina la llama siempre “La Madre de Dios” (1).

Y así como, según veremos luego, le aplicará los títulos más diversos y hermosos, reconocerá también en ella las virtudes más excelsas, sin perder jamás de vista que la primera y fundamental prerrogativa de María es el ser la “Madre de Dios”.

Las fiestas que se celebran en su honor, lo serán en nombre de dicho título: Concepción por Ana de la Madre de Dios, Presentación en el Templo, Anunciación, Asunción de la Madre de Dios. Las fiestas tan comunes en Occidente: Ntra. Sra. Del Rosario, del Carmen, de la Merced,

de Lourdes, de Fátima y tantas otras que sería inútil enumerar, pues cada nación posee títulos abundantes con que honra a la Ssma. Virgen, son desconocidas en el rito bizantino. Esta multiplicidad quizá favorezca, al diversificarla, la devoción a María. Pero también, quizá nos aparte y nos haga olvidar en cierto sentido, el dogma principal, fundamento de todos los privilegios de María.

Evidentemente la Iglesia bizantina no ha querido dispersar su atención y la de sus fieles, del título principal, fuente de todas las prerrogativas de María, base obligada de todo el culto que se le debe. En ahí, en ese vocablo, está María con todo su poder y toda su hermosura. De ahí surge el manantial de donde brota todo cuanto se diga de ella. Por ser la Madre de Dios, será la “Hyperagúa”, la Santísima, la Inmaculada, la purísima, la intercesora todopoderosa, la Madre tierna y compasiva, el amparo del pueblo cristiano, su refugio y esperanza, su Madre amadísima.

Por ser la Madre de Dios, y en eso el rito bizantino es fiel intérprete del Oriente cristiano, María tendrá un lugar aparte, privilegiado, preeminente tanto en la Santa y Divina Liturgia (Misa) como en el Oficio Divino. No cederá el paso más que a su Hijo, el Verbo de Dios.

La Theotokos en las Iglesias Bizantinas

La misma disposición de los santos íconos en las iglesias bizantinas es una afirmación del culto especial que se ha de tributar a la Madre de Dios. En efecto, en todas las iglesias del rito, entre el santuario y el coro se levanta una pared ricamente adornada con tres puertas, llamada iconostasio o porta-íconos, porque sirve de sostén de los íconos más venerables del templo. Pues bien, dos íconos han de estar siempre expuestos allí a la veneración de los fieles: el de Cristo y el de su Madre, la *Theotokos*. Al principio y al final de las ceremonias más importantes, el celebrante saluda a las dos imágenes: “*Tú que siempre eres bendito, Oh Dios nuestro... Santísima Madre de Dios, sálvanos*”. Cada vez que se usa el incienso, se ha de incensar esas dos imágenes. Esta presencia del ícono de la Madre de Dios en el iconostasio, nos abre el camino para destacar el lugar preeminente que ocupa en la Liturgia eucarística.

La Madre de Dios en la Santa y Divina Liturgia (Misa)

Aún antes de iniciar el Santo Sacrificio, el celebrante la invoca dos veces. De pie delante de las puertas santas, antes de entrar en el santuario, el sacerdote debe rezar las oraciones llamadas “de las puertas santas”, como preparación para el sacrificio eucarístico. Pues bien, dos de esas oraciones van dirigidas a la Madre de Dios:

Ábrenos las puertas de la misericordia, Oh Madre de Dios, porque al confiarnos a ti, no seremos defraudados, antes bien seremos librados de las adversidades, porque Tú eres la salvación del pueblo cristiano.

Tú que eres fuente de misericordia, Oh Madre de Dios, haznos dignos de tu compasión. Echa una mirada sobre el pueblo que ha incurrido en el pecado. Así como lo hiciste siempre, demuestra tu poder, porque depositando en ti nuestra esperanza, te saludamos como antaño Gabriel, príncipe de las milicias incorpóreas.

Durante la celebración del Santo Sacrificio se invoca más de quince veces a la Madre de Dios. No bien empieza la Divina Liturgia, el coro canta tres veces: “*Por la intercesión de la Madre de Dios, Oh Salvador, sálvanos*”. Antes de la lectura de la Epístola, se cantan los troparios o himnos del santo del día. Tales himnos suelen terminar siempre con una alabanza a la Madre de Dios:

Oh mediadora de los cristianos, siempre favorablemente acogida, Tú que siempre intercedes ante el Creador, no desprecies la voz de los pecadores que te invocan; mas, Tú que eres buena, acude en nuestro socorro, que en ti depositamos nuestra confianza. Apresúrate a interceder por nosotros, y acude presto a presentar tus súplicas, Oh Madre de Dios, que siempre proteges a los que te honran.

Los domingos y días de grandes fiestas, se cantan otros himnos, pero siempre a la Madre de Dios.

Pero eso no es todo. El texto de la Divina Liturgia en el rito bizantino consta en gran parte de letanías llamadas “*irínika, sinapti, ectisis*”, series de invocaciones a las que el coro contesta con el canto del “*Kyrie eleison*” o “*Parasjú Kyrie*”, “escúchanos, Señor”. Salvo raras excepciones, esas letanías terminan con una doble invocación, la primera a la Madre de Dios, la segunda a la Santísima Trinidad:

Irínika

Conmemorando a la Santísima, Purísima, bendita y gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen, María, y a todos los santos, encomendémonos a nosotros mismos...

Porque a Ti se debe toda gloria, honor y adoración, Padre, Hijo y Espíritu Santo...

(la primera y segunda sinapti concluyen igual que la irínika).

Inmediatamente antes y después de la comunión, el sacerdote invoca a la “Madre de Dios”. En

la acción de gracias que se reza después del Santo Sacrificio, como corolario litúrgico del mismo, la Iglesia se dirige otra vez a la *Theotokos* en una plegaria especialmente dedicada a ella:

Santísima Señora, Madre de Dios, luz de mi alma, esperanza y apoyo mío, refugio, consolación y alegría mía, te doy las gracias por no haberme juzgado indigno de participar del Cuerpo purísimo y de la Sangre preciosísima de tu Hijo. Oh Madre de la verdadera luz, ilumina mi inteligencia; tú que diste a luz a la Fuente de la inmortalidad, vivifícame, porque estoy muerto por el pecado. Oh Madre compasiva del Dios de la misericordia, ten piedad de mí, pon en mi corazón la contrición y el arrepentimiento, y en mi entendimiento la humildad. Hazme digno de recibir sin condenación, hasta mi último suspiro, estos santos Misterios, para santificación de mi alma y salud de mi cuerpo. Dame las lágrimas de la penitencia y de la confesión, a fin de que te alabe todos los días de mi vida, a ti que eres bendita y glorificada para siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Lo dicho, sin embargo, no da una idea cabal del lugar que ocupa la Madre de Dios en la Divina Liturgia. Por cierto, su nombre corre a través del texto litúrgico. Se la invoca antes, durante y después del Santo Sacrificio. Con todo, la liturgia bizantina no se conforma con sólo invocar a la *Theotokos* por más veces que repita esta invocación. A la madre de Dios le corresponde un lugar aún más preponderante al lado de la Divina Víctima. Este lugar ha de llamar la atención tanto del celebrante como del público para que uno y otro se compenetren de esta verdad: la Madre de Dios está siempre al lado de su Hijo inseparablemente unida a Él en la obra de la Redención.

Para recalcar este dogma, para hacer comprender que el título de Madre de Dios coloca a María más allá de las posibilidades de toda otra criatura en el cielo y en la tierra, la Iglesia ha incluido en la Santa Liturgia dos actos o ceremonias en honor de la *Theotokos*, que no se encuentran en ninguna otra liturgia: el primero en la “*prótesis*” o acto preparatorio de la Santa Liturgia, el otro dentro mismo del Canon, inmediatamente después de la Consagración. En ambos casos se confirma el papel destacado, único que corresponde a la Madre de Dios en el Sacrificio redentor de su Hijo.

Para comprender la fuerza de este argumento, son necesarias algunas explicaciones. A diferencia de lo dispuesto en el rito latino, la materia del sacrificio o sea el pan y el vino se preparan en el rito bizantino antes de iniciarse la Divina Liturgia, en un altar lateral llamado “*prótesis*” o de la oblación, distinto del altar donde se ha de celebrar el Santo Sacrificio. El pan empleado es fermentado, de forma generalmente redonda y un tanto gruesa. El celebrante le debe, pues, cortar con una pequeña lanza a fin de preparar las partículas del pan o “*prósfora*”, que corresponden a las hostias del rito latino. En primer término corta la hostia llamada “*Cordero*” y la coloca en el centro de la patena. Esta hostia lleva impresas las iniciales griegas IC-XC NI-KA= Jesucristo vence, y representa a Cristo Cordero divino que se ha de inmolar en el Sacrificio del altar.

Pero Cristo no se presenta solo al Padre. Una verdadera corte lo acompaña en el altar: su

Madre, los Profetas, los Apóstoles, Doctores, Mártires, ascetas, sus antepasados Joaquín y Ana, el Obispo local, el clero, los seglares, los fieles vivos y difuntos. Cada grupo será representado por una “prósfora”, haya o no comulgantes durante la celebración litúrgica. El sacerdote corta, pues, tantas “prósforas” cuantos participantes haya en la corte que acompaña al Cordero místico, Jesucristo. El simbolismo no puede ser más rico ni profundo. Mientras las “prósforas” que corresponden a los santos y a los fieles vivos y difuntos se colocan en dos series, una de nueve a la izquierda del “Cordero”, y la otra sin número fijo debajo del mismo, la prósfora correspondiente a la Madre de Dios se colocará a la derecha, sola, cual reina a la derecha del rey. Al cortarla reza el sacerdote:

“En honor y memoria de la bendita y gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen, por cuya intercesión recibe, Señor, este sacrificio en tu altar celestial”.

Y colocándola a la derecha dice: *“La Reina se colocó a tu diestra con vestido bordado de oro”.*

Confieso que cuando al romper el día me visto de los ornamentos sagrados para dirigirme a la Prótesis, a fin de preparar el pan y el vino, y al poner, de acuerdo al ritual, la hostia principal o “Cordero” en el centro de la patena, y a su izquierda a los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento, y debajo de él las prósforas de los vivos y los muertos, y a su derecha la hostia que recuerda a su bendita Madre, no puedo menos de sentir una emoción profunda ante el simbolismo tan hermoso y teológico a la vez de nuestra liturgia. Ahí, en la patena, está la Iglesia entera, el Cuerpo Místico de Cristo, en toda su misteriosa hermosura: Cristo en el centro, a su izquierda la Iglesia triunfante; debajo la Iglesia purgante y militante, y a su derecha, en el puesto de honor, sola, la *Theotokos*, la Reina Madre. ¡Qué cuadro más hermoso, qué enseñanza más sugestiva!

Y la Divina Liturgia sigue su curso. El pan y el vino llevados al altar en una procesión imponente se transustancian en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ante la divina Víctima, la liturgia hace nueva memoria en primer término de la iglesia triunfante: *“Los patriarcas, profetas, apóstoles, predicadores, doctores mártires, confesores, ascetas y todos los justos...”*. Pero lo hace en voz baja, en secreto. Es un diálogo a solas entre el celebrante y la Víctima divina, para no distraer la atención de los fieles, que ante el misterio que acaban de presenciar, cantan al Señor: *“Te alabamos, te bendecimos, te damos gracias, Señor y Dios nuestro”*.

Mas al llegar a la Madre de Dios, la liturgia cambia de actitud. A la *Theotokos*, a la Virgen Madre, no se la puede nombrar en secreto. Siendo más grande que los patriarcas, más gloriosa que los profetas y los Apóstoles, mártires y doctores; siendo la Madre del Dios que acaba de inmolarse, el público tiene derecho a que se proclame su nombre, como se proclama la entrada de la Reina Madre ante el público que la está esperando. Así como en el momento de preparar el

sacrificio se le dio el lugar de honor a la diestra de su Hijo, del mismo modo, se la ha de exaltar ante ese Hijo presente en las sagradas formas y ante sus hijos, los fieles que participan del Sacrificio eucarístico. El celebrante proclama, pues, el nombre de la *Theotokos*, de suerte que resuene en todos los ámbitos del templo: “*Y principalmente de nuestra Santísima, purísima, bendita y gloriosa Señora Madre de Dios y siempre Virgen María*”.

Y de nuevo sigue en voz baja el memento de los vivos y de los muertos. Pero el público, que ha oído el nombre amado, prorrumpe en un arrebato de entusiasmo:

En verdad, es justo celebrarte, Oh Madre de Dios, tú que eres para siempre bienaventurada y exenta de todo pecado, Oh Madre de Nuestro Dios. Tú que eres más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines, tú diste al mundo al verbo de Dios sin dejar de ser Virgen, tú que eres verdaderamente la madre de Dios, te celebramos.

Himno maravilloso, compendio admirable de las grandezas de la Madre de Dios. Sin embargo, no es el único. Habrá otros para las grandes fiestas del Señor o de la Virgen, que el público cantará en esta parte de la Liturgia, con el idéntico entusiasmo, idéntica devoción, y amor filial. Tal el que se canta los domingos durante la cuaresma:

En ti, llena de gracia, se regocijan todas las criaturas, las legiones de los ángeles, y todas las razas humanas, Oh Templo consagrado, paraíso excelso, gloria de la virginidad, en quien se encarnó Dios y se hizo niño, sin dejar de ser nuestro Dios desde antes de los siglos. De tu seno hizo un trono y a tus entrañas más inmensas que los cielos. Por ello, todas las criaturas se regocijan en ti y te glorifican, oh Llena de gracia.

De este modo la Divina Liturgia bizantina honra a la Madre de Dios durante la celebración eucarística.

La Madre de Dios en el Oficio Divino

Pasamos ahora al Oficio divino. También aquí el nombre de la *Theotokos* llena las distintas partes de la oración pública de la Iglesia. En todas y cada una de las horas canónicas, la Madre de Dios ocupa un lugar privilegiado, y su nombre es loado con amor.

En primer término se la recuerda, al igual que en el sacrificio eucarístico, en las letanías que se rezan a lo largo de todo el Oficio: “*Conmemorando a nuestra Santísima, Purísima, bendita y gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen María...*” Esta invocación, o si se

prefiere, esta invitación a recordar a la Madre de Dios resonará durante el curso del día litúrgico desde el alba al anochecer.

Además, en cada hora canónica se dirigen plegarias o himnos especialmente dedicados a la Madre de Dios. Valgan por ejemplo, estas que se rezan en el “*Mesonykticón*”, en el oficio de la medianoche, antes del amanecer:

“A ti, muralla inexpugnable, fortaleza de nuestra salvación, nos dirigimos, Oh Virgen Madre de Dios. Desbarata las maquinaciones de nuestros enemigos. Cambia en alegrías las aflicciones de tu pueblo. Reanima al mundo. Sostén a las almas devotas. Intercede por la paz del mundo, Madre de Dios y esperanza nuestra”.

“Todas las generaciones te exaltan, Virgen Madre de Dios, porque el inconmensurable, Cristo nuestro Dios, se ha dignado recluirse en tu seno. Bienaventurados somos porque eres nuestra defensora que día y noche intercedes por nosotros...”

En la Hora Prima, se le dirigen estos requerimientos, fruto de admiración y de amor filial:

¿Qué nombre darte, oh llena de gracia? ¿Cielo? Porque hiciste resplandecer al sol de justicia. ¿Paraíso? Porque engendraste a la flor de la incorruptibilidad. ¿Virgen? Porque llevaste en tus brazos a un Hijo que es el Dios de toda la creación. Pídele que salve nuestras almas.

Todos los días en el *Orthros* o Laudes, se canta el “*Magnificat*”, aquel sublime himno emanado del corazón de María. De pie, delante de la puerta central del iconostasio, el sacerdote lo anuncia solemnemente: “*Alabemos con cánticos a la Madre de Dios, Madre de la Luz*”.

El coro responde primero con el canto que ya conocemos y que servirá de introducción y de cómo acompañamiento a la vez al canto del *Magnificat*: “*Tú eres más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines...*” Sigue el canto del *Magnificat*, pero alternando cada versículo del mismo con este himno.

Para dar aún más realce a esta parte del Santo Oficio e inculcar más aún el amor y la devoción de los fieles a la Madre de Dios, mientras se desarrolla el canto, el celebrante recorre el templo precedido por dos acólitos e incienso al público.

En la misma hora canónica del “*Orthros*”, se reza el canon del día, composición rítmica, generalmente de nueve odas, cada una de cuatro o cinco estrofas. Pues bien, la última de esas estrofas se dedica, salvo raras excepciones, a la Madre de Dios. De ahí, su nombre “*To Theotokion*”. La última estrofa de los himnos que se cantan en las diversas horas canónicas, será también un “*Theotokion*”, un himno a la Madre de Dios. Los troparios o himnos del santo del día que se cantan en el *Mesonyktikon*, el *Orthros*, *Hesperinos* o Vísperas, y demás horas, terminan

también con una alabanza a la Madre de Dios, en que se enumeran sus virtudes, se cantan sus glorias, se proclaman sus títulos, se pide su protección, se expresan los sentimientos de ternura, de admiración, de piedad filial que el pueblo cristiano profesa a su bendita Madre. Transcribo al azar algunos de estos *Theotokion*:

“Oh Virgen limpia de toda mancha, has llevado en tus entrañas de manera inescrutable al Verbo, Sabiduría de Dios. Has engendrado para el mundo a Aquél que tiene el mundo en sus manos, Oh Madre de Dios. Tuviste en tu seno a Aquel que tiene en sus manos a toda la creación, Aquel que nutre a todas las criaturas, al Hacedor de la naturaleza...”

“Oh gloriosa Madre de Dios, Tú eres la aurora en la noche de la vida. Tú brillas con los rayos de la virginidad, mostrándonos a Aquel que hace resplandecer el Sol de justicia...” (26 de sept.)

“Oh Madre de Dios, digna de toda alabanza, Tú aniquilaste la muerte y la corrupción. Tú eres manantial de eternidad, porque, oh purísima de toda mancha, diste a luz a Cristo, que embelleció la naturaleza humana y la adornó con la gracia de la vida” (6 de oct.)

“Coro de las Vírgenes, alegraos con nosotros, porque nuestra intercesora, nuestro amparo y nuestro refugio, consuela hoy por su solicitud a los que están en la aflicción...”

“Juntos celebremos hoy, oh fieles, la fiesta mística. Alabemos con piedad a la Virgen Madre de Dios, que se presenta en el templo del Señor, ella que ha sido predestinada entre todas las generaciones para servir de morada al Rey universal. Avanzad con vuestras lámparas, oh vírgenes, para rendir homenaje a la presentación de la que fue siempre virgen. Oh Madres, dejad toda aflicción y seguidla, glorificando a Aquella que fue la Madre de Dios”. (21 de nov.)

“Vosotros que gustáis de las fiestas, juntaos para celebrar con alabanzas a la que es hermosura de las vírgenes, alegría de los coros angelicales, Madre de Dios, muralla sin brecha de los fieles, clamando: salve, Virgen pura y Madre, faro de oro, puerta del cielo. Salve, tabernáculo purísimo de la santificación que llevó a Dios en su seno. Salve, Tú que eres incomparablemente más excelsa que todas las legiones celestiales”. (30 de enero).

“Hagamos sonar las trompetas de los cantares, porque la Reina Madre y Virgen, se ha inclinado desde lo alto para premiar con sus bendiciones a los que la alaban. Acudid, pues, vosotros reyes y príncipes, y cantad a la Reina que Dios a luz al Rey...Y vosotros, pastores y maestros, uníos para alabar a la Purísima, Madre del buen Pastor, faro de oro, nube luminosa, más grande que los cielos, tabernáculo vivo, trono del Altísimo...Vaso de oro que contiene el maná, puerta cerrada del Verbo, refugio de los cristianos. Alabémosla con cantos inspirados, clamando: Oh Palacio del Verbo, haznos dignos del reino de los cielos, puesto que nada es imposible a tu intercesión”. (30 de enero).

Y así continuamente, en todas las horas canónicas, durante los 365 días del año litúrgico, así sigue esa lista ininterrumpida de himnos, odas, troparios, *theotokion*, que cantan las glorias, la hermosura, la santidad, el poder de intercesión, la pureza virginal de la Madre de Dios. Desde el alba hasta bien entrada la noche, su nombre estará en los labios de sus hijos, inseparable del nombre del Verbo que tomó carne del seno virginal. Antes de despedir el día, en la hora canónica que sella la labor de nuestra jornada, una postrera plegaria brotará de nuestros labios, el último coloquio con nuestra Madre, Madre de Dios. Se la reza en el templo, solamente ante el ícono de la *Theotokos* expuesto en el iconostasio, a la derecha de su Hijo:

“Oh Señora, pura y casta, Virgen esposa de Dios, inmaculada, exenta de toda mancha, Tú que por tu alumbramiento maravilloso, has unido al Verbo de Dios con los hombres...esperanza de los desesperados, amparo de los oprimidos...refugio de todos los cristianos...Tú que eres la Madre de Dios que ama a los hombres, ten compasión de nosotros... y por tu ascendiente maternal sobre tu Hijo, Señor y Dios nuestro, ruégale nos abra las alas de su amor...y cierre los ojos sobre nuestras innumerables transgresiones...No te apartes nunca de nosotros, oh misericordiosa, oh compasiva, oh bondadosa...”

Paráklisis y Akatistos

Como si todo esto no fuera suficiente para expresar lo que el Oriente bizantino siente hacia la Madre de Dios, el año litúrgico comprende además dos oficios especialmente en honor de la *Theotokos*, el uno la “*Paráklisis*”, o súplica plegaria, que se canta en la primera mitad de agosto como preparación a la fiesta de la Asunción; el otro, el “*Akatistos*” o himno durante el cual no se debe sentar, que se canta la víspera de los primeros cinco sábados de la cuaresma como preparación para la fiesta de la Anunciación. En estos dos oficios, la Iglesia ha vertido toda la gama de sentimientos de admiración, confianza, ternura, devoción que le inspiran la grandeza, la hermosura, el poder y el amor maternal de la Madre de Dios.

La Paráklisis

En la *Paráklisis* predomina la confianza, porque la *Paráklisis* es una plegaria, una súplica que la Iglesia dirige a la Madre de Dios para pedirle ayuda y protección.

“Acudamos presurosos a la Virgen, Madre de Dios, nosotros pobres pecadores...Desde el fondo del corazón: Señora, ayúdanos, ten compasión de nosotros...Apresúrate que perecemos por causa de la multitud de nuestros pecados. No nos abandones, pues eres nuestra única esperanza”.

“Aunque indignos, publicaremos tus grandezas, Oh Madre de Dios, porque si no hubieses sido nuestra intercesora, ¿quién nos habría salvado de nuestras tribulaciones y nos habría librado de tantos peligros? No nos alejaremos de ti, Señora, porque tú salvas a tus siervos de sus dificultades”.

“Oh Madre de Dios e intercesora nuestra, después de Dios acudimos a ti como a una fortaleza inexpugnable para que nos libres de todas las angustias”.

“Oh Purísima, Tú eres para nosotros una muralla y un refugio, Tú la salvación perfecta de nuestras almas, Tú la alegría en nuestras aflicciones. Sálvanos, Señora, ahora y siempre de toda tribulación y pena”.

A lo largo de toda la “*Paráklisis*” sigue el diálogo entre el público y su Madre, con la confianza, la ternura y el entusiasmo que inspira a los hijos la presencia de su Madre.

Durante este oficio, se reza por el pueblo presente, por el Ordinario de la diócesis, la parroquia, los enfermos, viajeros, necesitados. Nadie se queda en el olvido. De todos y de cada uno se habla a la Madre para que interceda, ampare, consuele, cure. En Oriente, el pueblo entero, poderosos y humildes, acuden en filas compactas a la *Paráklisis* y solicitan se los nombre en las letanías que tres veces a intervalos distintos se cantan ante el ícono de la Virgen Madre. ¡Cuántas veces he participado en la celebración de la “*paráklisis*” en nuestras catedrales profusamente iluminadas! El público llenaba el amplio recinto del templo. Con qué piedad, con qué confianza, aquella multitud imploraba a su Madre. Cuando el sacerdote se acercaba al ícono de la Madre de Dios, expuesto en el coro con profusión de flores y de luces, y lista en mano, cantaba las letanías pidiendo vida, paz, salvación y salud para los enfermos, los viajeros, los necesitados, los hogares, proclamando sus nombres en alta voz, una suerte de entusiasmo místico, de confianza sin límites se apoderaba de los fieles. Hay que participar de esta ceremonia en nuestros países de Oriente para comprender la emoción, la piedad, la confianza, el entusiasmo que inspira al público cristiano la oración dirigida a su Madre.

El Akatistos

El *Akatistos* es más bien un himno a la grandeza, hermosura, poder de la Madre de Dios; un himno de agradecimiento y de fidelidad inquebrantable a la Virgen, generala y protectora del pueblo cristiano.

A lo largo de sus incomparables estrofas corre una suerte de entusiasmo místico que se traduce en acentos sin par que sólo sabe inspirar el amor profundo, la piedad sin límites, la admiración y el agradecimiento sin medida.

“Inspirado por el Espíritu abriré mis labios y cantaré a la Reina madre, celebrando su fiesta con júbilo proclamando sus prodigios con alegría”

Con este prelude que da el tono de todo el oficio, el himnógrafo se deja llevar por el Espíritu para cantar a la Madre de Dios en una serie de composiciones rítmicas repartidas en nueve odas de cuatro o cinco estrofas cada una y en 24 ikos o estancias, porque constituyen como una suerte de edificio que se levanta en honor de la Virgen.

En esas composiciones, el himnógrafo ha vertido toda su alma, todo cuanto puede inspirar el amor filial para con una madre amada y admirada.

1,2 – Oh Purísima, cuando el ángel vio que eres el libro vivo de Cristo, sellado por el Espíritu, te alabó diciendo: Salve, tabernáculo de la alegría, por el cual se borra la maldición de nuestra primera madre.

2,4 – Salve, Aurora luminosa...morada radiante de la luz.

5 – Salve, puerta única por la cual penetró el Verbo de Dios.

5,2 – Salve escala que por medio de la gracia nos elevó a todos desde la tierra hacia el cielo.

5,3 – Salve, carro ígneo del Verbo, paraíso viviente, en que está el Señor, árbol de vida cuyo fruto vivifica por su dulzura a los caídos en la corrupción, que lo reciben con fe...

6,2 – De ti destiló el rocío divino que apagó las llamas del politeísmo.

*6,5 – Zarza que permaneció incólume en medio del fuego...
Nube luminosa que protege a los fieles para siempre.*

*9,2 – Salve, estrella sin ocaso que trajo al mundo al gran Sol...
Salve, columna de fuego que introduce a los mortales en la vida celestial.*

En los ikos o estancias

1 – Salve, cumbre difícil de alcanzar por la inteligencia humana. Salve, abismo insondable a los ojos mismos de los ángeles. Salve, trono del Rey soberano.

2 – Salve, escala espiritual por la cual bajó Dios.

5 – Salve, ramo de un árbol que nunca se marchita.

*Campo fecundo labrado por Dios.
Jardín fértil que produce con abundancia las misericordias divinas.*

*7 – Salve, Madre del Cordero y Pastor.
Aprisco místico de las ovejas, espiritual,
Llave de las puertas del paraíso,
Boca de los Apóstoles, que nunca enmudece.*

*13 – Flor de la incorruptibilidad,
Corona de vida ascética,
Árbol de sabroso fruto que nutre a los fieles.*

15 – Salve, carro santísimo para Aquel que está sobre los querubines, esperanza de los bienes venideros.

*17 - ...Armario de la divina Sabiduría
Vaso de su eterna providencia.*

*19 – Columna de la virginidad...puerta de la salvación,
maestra de las vírgenes.*

20 – Purificación de nuestras conciencias...fragancia del perfume de Cristo...banquete de la vida mística.

21 – Santa superior a todos los santos...Tesoro de vida inagotable...gloria inapreciable de los sacerdotes...torre incommutable de la Iglesia.

Necesariamente tengo que limitar los textos y referencias. Hay que leer el texto íntegro del “*Akatistos*” para saborear estas admirables páginas del ritual bizantino. Hay que presenciar el “*Akatistos*” en nuestras catedrales cuando sus admirables odas son coreadas por densas filas de fieles bajo las bóvedas multiseculares donde las generaciones se transmiten de padres a hijos como una herencia sagrada el amor profundo, sincero, incólume a la Madre de Dios.

Termino con una transcripción de dos himnos, el primero que se canta más de una vez durante el “*Akatistos*”, el otro que es el broche de oro de este admirable oficio.

El primero es el himno llamado *Ti Hypermaho*, “La Generala invicta”. Es un grito de confianza y gratitud que el pueblo de Constantinopla dirigió a la Madre de Dios cuando, sitiado por más de 80.000 sanguinarios ávaros, se veía irremisiblemente condenada al exterminio o la esclavitud.

Ante ese peligro inminente el pueblo invocó a la Madre de Dios. Su ícono fue llevado en procesión en todos los sectores de la ciudad, se lo condujo hasta las murallas a la vista del enemigo, mientras soldados y simples ciudadanos gritaban confiadamente a su “Invicta Generala”. María no decepcionó a su pueblo. Los ávaros tuvieron que levantar el sitio y huir. Agradecida, la ciudad entera se volcó en la catedral “Santa Sofía”, para expresar de nuevo su gratitud. Miles de voces repetían con entusiasmo y fervor el himno que habían entonado frente al enemigo. La Iglesia lo insertó en el “Akatisos”, cual joya preciosa y testigo perenne de la bondad maternal y del poder invicto de María.

“A ti, Oh invicta Generala, dedico los himnos de la victoria, Yo, tu ciudad, te doy gracias, Oh Madre de Dios, porque me has salvado de la desgracia. Líbrame, pues de todo peligro, Tú cuyo poder es irresistible, para que te aclame diciendo: Salve, oh desposada sin esposo”.

El otro himno, como queda dicho, cierra el “Akatisos”. Se canta mientras los fieles veneran el ícono de la Madre de Dios, que el celebrante presenta al público en la puerta central del iconostasio:

“Asombrados ante la hermosura de tu virginidad y el sublime resplandor de tu pureza, Oh Madre de Dios, Gabriel te exclamó: ¿qué elogio digno de ti dirigirte?, ¿con qué nombre llamarte? Estoy asombrado y admirado. Por ello, no me queda sino decirte, conforme a la orden que he recibido: ¡Salve, llena de gracia!”

Comentando este himno, un amigo anciano de pocas letras, pero de mucha piedad y sentido común, me decía treinta años atrás: ¿Se ha fijado, Padre, en el significado de este himno, en la postura del Arcángel ante la hermosura de la Virgen? El pobrecito está asombrado y perplejo. Como un alumno ante su maestro, o un humilde súbdito ante su amo, se ha quedado como mudo. Las palabras no le vienen a los labios. Para salir del aprieto, al igual que un alumno que repite el discurso que acaba de aprender. El Arcángel Gabriel, príncipe de las legiones celestiales, confiesa su impotencia, y declara humildemente que no es capaz de pronunciar otro discurso digno de la Madre de Dios que el que le ha sido dictado por el Señor: ¡Salve, llena de gracia!

Y agregaba mi amigo: “Esto es maravilloso, sublime. Nunca jamás dará usted con un himno tan bello, tan hermoso y de significado tan profundo”.

Cuanto acabamos de transcribir no es más que un pálido reflejo de lo que representa la madre de Dios en el rito bizantino y por tanto del culto que el Oriente tributa a la Madre de Dios. Por ello, porque amamos a María, porque la exaltamos, porque todos los que pertenecemos al rito bizantino, más de 200 millones, consideramos su culto como parte integrante de nuestro patrimonio espiritual; porque el pueblo ruso y demás pueblos de la Europa oriental se ven hoy víctimas indefensas del comunismo, pertenecen al rito bizantino y participan con nosotros de ese culto profundo, amoroso, filial a la Madre de Dios, por todo ello abrigamos la firme esperanza

que nuestra Madre que tanto amamos, no nos abandonará y que gracias a su intercesión poderosa, gracias a su amor maternal, el anticristo comunista será aplastado, así como lo fue la antigua serpiente, y que la Iglesia triunfará un día no muy lejano en este querido Oriente que tanto la ama y venera.

(1) Un amigo mío, Mons. Elías Coueter, vicario general melkita de S. E. Cardenal Barros Cámara, arzobispo de Río de Janeiro, me refirió el hecho siguiente: S. E. el Sr. Arzobispo había reunido al colegio de párrocos para formar una lista de títulos marianos con el fin de poner a cada parroquia de la arquidiócesis bajo la protección de María según los títulos de dicha lista. Los presentes fueron proponiendo los nombres que mejor les parecieron. Pero pese a la buena voluntad de los párrocos y su gran devoción a María, una parroquia quedó sin título correspondiente. Todos guardaron silencio. Entonces, Mons. Coueter se levantó: “Si se me permite, dijo, propongo que se agregue a la lista el título más grande y más honroso de María, del que se han olvidado, el de ‘Madre de Dios’. Un segundo de estupor seguido de cerrados aplausos fueron la contestación a la proposición del vicario general melkita.

Aparecido en *Revista Litúrgica Argentina. Las liturgias orientales III-IV*. Julio-Diciembre 1962. N° 206- 207 págs. 335-347. Publicación de la Abadía de San Benito (Buenos Aires, República Argentina).

Publicadas por Monasterio de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo.